

Homenaje al Dr. Henry Pease, presidente del Congreso de la República

Queridos amigos:

Numerosas son las ocasiones en las cuales la sociedad peruana ha demostrado alto aprecio por las personas formadas en nuestro claustro. Diversas organizaciones de la sociedad civil, el gobierno e incluso los nuevos centros de educación superior —que con el tiempo buscan alcanzar la excelencia— acogen a nuestros egresados sin ocultarlo; antes bien, para indicar la seriedad y la calidad a la que aspiran, hacen de público conocimiento cómo las personas que han de colaborar en ellas son profesionales que desplegaron sus capacidades en el medio intelectual y humano que la Pontificia Universidad Católica del Perú les brindó.

No es, pues, simple retórica ni interesada opinión el juicio de valor que pronunciamos acerca de nuestros antiguos alumnos. Ellos constituyen el mejor testimonio que puede ofrecer a la vida social una institución que, como nuestra Universidad, se reconoce orgullosa de su prestigio y vigencia a lo largo de sus ochenta y cinco años de historia.

Siendo así, no es de extrañar que nuestra comunidad universitaria haya sido convocada esta mañana para tributar un muy merecido homenaje a uno

de sus más distinguidos miembros, una persona que vivió su experiencia universitaria en la Católica como alumno y que prolongó esa esencial vinculación con su Alma Mater al asumir desde hace varias décadas la noble tarea de formar en ella criterios y conciencias a través de la cátedra.

Si menciono esa continua presencia del Dr. Henry Pease en el seno de nuestro claustro, no es sólo por la circunstancia especial de esta ceremonia. Como tuve ocasión de señalarlo en la presentación de su más reciente publicación, si tuviéramos que subrayar una de las múltiples facetas que él ha logrado desarrollar, tendríamos que elegir, primero, la de auténtico universitario.

En efecto, su trayectoria personal nos revela cómo se lleva de una manera digna y fecunda la vida universitaria, en un trajinar inagotable que no se ha erguido sobre episodios ocasionales sino que, para ofrecer logros consistentes y duraderos, ha sido asumido como motivo de toda una vida. Ese carácter fundamentalmente universitario se deja ver en su compromiso señalado con el cultivo de la enseñanza, que lo mantiene unido a nuestras aulas desde hace más de treinta años; con la labor de investigación, cuyos frutos son varios e inteligentes libros sobre nuestra realidad nacional; y, sobre todo, con el cumplimiento de las enseñanzas esenciales que recibió en nuestro claustro. Me refiero a la integridad, la honestidad y el apego a la verdad, pero también al amor auténtico por el país. No aquel que concluye en la mera

declaración sino el que se vive con entereza en la vida pública, en el actuar consciente de una profesión que es medio de vida y a la vez experiencia de fe en las gentes del Perú y de compromiso con ellas.

No sería posible, pues, concebir una imagen justa del Dr. Pease divorciándolo del quehacer universitario. Y sin embargo, sería no menos injusto soslayar su activa participación en el terreno de la política. Esa labor la ha ejercido de una manera tenaz y apasionada, en una pugna constante que no ha sido un despliegue ciego de energías, sino la búsqueda coherente de un ideal por los caminos de la razón y de la acción. Como dirigente partidario, como autoridad municipal, como congresista, el Dr. Pease ha sabido hacer de la actividad política una reivindicación cotidiana de la inteligencia, de la comprensión profunda de nuestros problemas, del enfrentamiento a la informe realidad con los valores que la precisan para hacerla más humana y deseable. Nos ha enseñado así que la política no tiene por qué ser el reino del oportunismo y de la traición a ideas, aliados y electores en nombre del provecho propio, y que el político íntegro es, en buena cuenta, aquel que sabe mantenerse fiel por igual al pensamiento y a la realidad.

Como bien sabemos, en estos meses al Dr. Pease le ha tocado asumir una delicada responsabilidad: la de ocupar la Presidencia del Congreso de la República. Y lo ha hecho en circunstancias particularmente difíciles. Las tribulaciones de nuestro país, es justo reconocerlo, son de larga data, pero

quién puede negar que a lo largo de la última década hemos asistido, muchas veces sin tener plena conciencia de ello, a un permanente trastorno de los más elementales valores de la vida en común. Los daños ocasionados son incalculables, pero en lo esencial la crisis que padecemos cobró la forma de una devastación moral. Hoy, en efecto, podemos observar que estos oscuros tiempos de confusión nos han dejado un severo agravio contra el máspreciado de nuestros bienes públicos, como es el lenguaje de la conciencia cívica. Y éste tal vez sea el daño más arduo de reparar, pues aquella comunidad donde las palabras carecen de valor y en donde no hay manera de expresar sentimientos verdaderos y honestos, es imposible que se manifiesten y arraiguen los cimientos de la democracia y la paz social.

Estos son bienes que no han de surgir entre nosotros por naturaleza espontánea; para alcanzarlos, necesitamos restituir los fundamentos de la moralidad y la eficiencia en la conducción de la cosa pública. Ello no es tarea sencilla, ciertamente. Todo lo contrario, requiere de cualidades profesionales excepcionales, de personas dotadas de la fuerza moral que haga ennoblecer la vida política, de la presencia, en fin, de líderes capaces de derrotar tanto los pactos fáusticos como las conductas pusilánimes. Se requiere, pues, de firmeza, de conocimiento, de sentido del deber. Tales son, entre muchas otras, las cualidades que distinguen a nuestro homenajado, sobre quien, ahora más

que nunca, ha de ponerse a prueba la excelencia de la formación que procuramos brindarle en estos claustros.

Estimado Dr. Pease:

Para nuestra Universidad, Ud. representa un claro ejemplo de los valores que como casa de formación nos propusimos impartir desde nuestros ya lejanos años de fundación. Por ello, y porque sabemos que gran parte de su vida se ha hallado vinculado con la docencia, estamos convencidos de que en el cargo que ahora le toca ocupar, Ud. ha de ejercer un auténtico magisterio de esas enseñanzas.

Queremos que quede claro, además, que al tributarle este homenaje, nuestra Universidad, su Universidad, se coloca, en el fondo, junto a Ud. y, en silencioso acompañamiento, le propone como programa el cumplimiento de nuestro lema institucional: “Y la luz brilla en medio de las tinieblas”. Ésta es la mejor manera que ella tiene de apoyarlo en la noble y esforzada tarea de lograr la recuperación moral y material de nuestra patria.

Muchas gracias.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 29 de Setiembre del 2003.